

lo había comprendido. ⁽¹⁾ Demonax, el filósofo estimado, creyó que en su vejez tendría que recurrir á servicios de otros y caer bajo le dependencia extraña, y se dió la muerte. ⁽²⁾ Aquí un filósofo que aconseja la muerte á un amigo; allí una mujer que la aconseja á su marido y que la comparte con él; ⁽³⁾ más allá una tía que la aconseja á su sobrina; ⁽⁴⁾ y por fin,—cosa que parece increíble—es una madre que la aconseja á su hija. ⁽⁵⁾ Cremucio Cordo, historiador de la República, se da también la muerte, en parte por temor á la ejecución con que le había amenazado Tiberio, en parte por ambición, á fin de que su nombre fuese glorificado por la posteridad al lado de los de Bruto y Casio, cuyo elogio, hecho por él, habíale procurado la desgracia del tirano. ⁽⁶⁾

Darse la muerte porque se la temiese, era una causa muy natural y excusable de suicidio en aquellos tiempos tormentosos. ⁽⁷⁾ Pero lo más ignominioso era que un hombre que no tenía otro medio de hacer hablar de él, se sirviese del suicidio para atraer la atención del mundo sobre su persona. Así fué como el retórico Albucio, cargado de años, en Novara, su ciudad natal, de donde en otro tiempo había sido arrojado porque era demasiado molesto, convocó á sus conciudadanos, pronunció ante ellos un largo discurso, en el cual les expuso todo un interminable comentario sobre las razones que tenía para quitarse la vida, ⁽⁸⁾ y realizó lo que había anunciado, siendo desde entonces el orgullo de sus conciudadanos, que no acababan los elogios sobre su valor y su talento.

Digna de este ejemplo es aquella griega, más que nonagenaria, que esperaba la llegada de Pompeyo para matarse en su presencia y hacer su muerte más gloriosa. Tomó

- (1) Séneca, *Ep.* LXXVII, 6.
- (2) Luciano, *Demonax*, (37) 4, 65.
- (3) Marcial, I, 14. Plinio, *Ep.* III, 16; VI, 24.
- (4) Séneca, *Ep.* LXX, 10.
- (5) Tácito, *Annal.*, XI, 36.
- (6) Séneca, *Cons. ad Marc.*, 22. Tácito, *Annal.*, IV, 34, 35.
- (7) Séneca, *Ep.*, XXIV, 23; LXX, 8.
- (8) Sueton., *Rhetor.*, VI.

un veneno, é iba diciendo á su asistente, á medida que aquél producía sus efectos, qué parte de su cuerpo estaba ya atacada. Rodeóla Pompeyo con sus oficiales, y todos lloraban á lágrima viva por la grandeza de alma de aquella vieja mañtrona. ⁽¹⁾

Pero lo que nos causa mayor pena aún es que esos filósofos estoicos,—que desde hacía 4 siglos predicaban al mundo que el dolor no es más que producto de la imaginación de los insensatos, que la prudencia no abandona jamás su calma, que se es más feliz y dichoso sobre el Toro de Falaris, que sobre almohadones de púrpura y en la mesa de los príncipes—esos filósofos, decimos, no sepan en adelante ofrecer mejor consuelo en los sufrimientos, que librarse de ellos por el suicidio, y encomien aún este acto de cobardía como expresión de la fuerza de alma y de una formación intelectual poco común. ⁽²⁾

«Un hombre notable—dicen estos apóstoles del suicidio—encuentra siempre razones para quitarse la vida; un hombre vulgar las encuentra siempre para permanecer en ella á toda costa». ⁽³⁾ «Sólo los que forman parte del vil populacho esperan al último extremo para darse la muerte». ⁽⁴⁾ «Los grandes espíritus no quieren quedar encerrados en este cuerpo». ⁽⁵⁾ «Es preciso saber morir con gloria y dignidad, y no hacer como los hombres vulgares, los cuales, del todo dignos de su falta de cultura, abandonan la vida estúpidamente, promoviendo un algarada espantosa». ⁽⁶⁾ «Por poca instrucción que uno tenga, sabe que, tarde ó temprano, tomar y recibir es absolutamente la misma cosa». ⁽⁷⁾ «Con derecho, pues, puede uno abandonar la vida cuando le sucede algo desagradable ó algo que turbe su calma estoica». ⁽⁸⁾

- (1) Valerio Máximo, II, 6, 8.
- (2) Talamo, *Le origine del christianesimo e il pensiero stoico*, 199 y sig.
- (3) Cicerón, *Fin.*, III, 1, 18.
- (4) Séneca, *Ep.* LXX, 16.
- (5) *Ibid.*, *Consol. ad Marciam*, 23.
- (6) *Ibid.*, *Ep.* XXIV, 25; *Ep.*, LXX, 19, 25. Plinio, *Ep.* I, 22.
- (7) Séneca, *Ep.* LXX, 5, 6.
- (8) *Ibid.*, LXX, 6.

Así habla esta filosofía sin carácter, tan cobarde como inconsecuente, la cual, ni una sola vez por excepción, se contenta en esto con vanas palabras. Parece que un sabio debe ante todo comprender que nadie puede quitarse la vida por modo tan grosero como el suicidio, y que un pensador debería desligarse de una filosofía que desprecia el dolor con frases tan sonoras y sucumbe tan miserablemente al dolor. Pero entonces ocurría lo mismo de siempre; la moral libre engendra héroes de lengua, pero cobardes en realidad. La historia de la época imperial nos ofrece de ello muchos ejemplos.

Tenemos un representante de esta filosofía en la persona de Silio Itálico, el erudito y poeta bien conocido de todos, y además uno de los hombres más ricos del Imperio. Cónsul en el reinado de Nerón, amigo de Vitelio y Procónsul en Asia, en donde se distinguió por su administración, sólo vivió para sus gustos estéticos. Y podía hacerlo, porque en muchos países tenía villas muy próximas las unas á las otras, poseía bibliotecas, colecciones de cuadros y de estatuas escogidas, sin contar con que gozaba de una felicidad, de la cual, en aquella época, muy pocos podían ufanarse en el mundo. Además de esto, no tenía enemigos; de suerte que, hasta el último momento, vivió en una paz inalterable. Pero entonces, á los setenta y cinco años de edad, entróle el disgusto de la vida, y se la quitó, dice Plinio, más por la debilidad de su complexión que por falta de salud. ⁽¹⁾

Cornelio Rufo vivió poco más ó menos en las mismas condiciones de felicidad exterior, con la única diferencia que su hija, su mujer, una sobrina, hermanas y un cortejo de numerosos amigos, constituían otros tantos lazos estrechos que podían y debían aferrarlo á la vida. Pero sufría de gota, y entonces, á la edad de setenta y seis años, ocurriósele que, bajo el peso de sus dolores, no podría desempeñar su papel con la misma gracia y la misma elegancia que otras veces, é inmediatamente participó á los miembros de su

(1) Plinio, *Ep.* III, 7.

familia que estaba resuelto á morir. En vano fueron todas las súplicas. «Está decidido;»—tal fué su respuesta. Ape- lóse todavía á Plinio el Joven, su amigo; pero éste, de tal modo quedó arrebatado de admiración por semejante grandeza de alma, que sólo pudo darle la razón. Además, pare- cíale que era demasiado haber vivido setenta y seis años. ⁽¹⁾ Así abandonaron igualmente la vida Ático, el amigo de Cicerón, á los setenta y siete años, ⁽²⁾ Petronio, ⁽³⁾ y el filósofo epicúreo Diodoro. ⁽⁴⁾

En vista de esto, pregúntase uno si se trata de galopi- nes ó de comediantes, porque tales criminales no merecen el dictado de hombres. ¡Cuán bajo ha de haber descendido una época, para que los espíritus más notables puedan de cir: «En verdad que era un gran hombre para morir así;» ⁽⁵⁾ «en verdad que era una noble muerte la que escogió para salir así del mundo!»; ⁽⁶⁾ «realizar una acción de esta especie es algo más honroso que vencer á Cartago, algo que basta para merecer una gloria eterna!» ⁽⁷⁾ ¡Preciso es que una sociedad se haya empedernido hasta este extremo, para que el hombre más insignificante se convierta de repente en el héroe más festejado, al poner fin á una vida sin honor por una muerte cobarde y criminal! Cuando Otón, el compañero de desórdenes de Nerón, el más afe- minado y fuerte de todos los petimetres romanos, hubo librado al mundo de su persona por el suicidio, rayó en tal grado el entusiasmo por el acto que había cometido aquel miserable soñador, que llegó al límite de la demencia; los unos besaban sus heridas, los otros sus manos; los solda- dos que no podían acercarse á su cadáver, lo adoraban desde lejos; ⁽⁸⁾ muchos se dieron la muerte al ver sus res-

(1) Plinio, *Ep.* I, 12.

(2) Cornelio Nepote, *Atticus*, 22.

(3) Tácito, *Annal.*, XVI, 19.

(4) Séneca, *Beata vita*, 19.

(5) Séneca, *Ep.* LXX, 21. Luciano, *Demosth. enc.*, (73) 50.

(6) Horacio, *Od.*, I, 12, 36. Valerio Máximo, III, 2, 14.

(7) Valerio Máx., III, 2, 13. Séneca, *Ep.* XXIV, 10.

(8) Plutarco, *Otho*, XVII, 4.

tos inanimados, y otros muchos hicieron lo mismo en países muy distantes cuando llegó á ellos la nueva del crimen. (1) El placer que se hallaba en el suicidio, (2) según la expresión de Séneca, placer que era aun demasiado fuerte para él, el apóstol de la negación, fué siempre en aumento; y aunque se reconociese que un suicidio había sido cometido por irreflexión y de un modo muy precipitado, (3) se glorificaba al suicida como al más valiente, más animoso y más admirable de todos los emperadores. (4) Esto muestra qué tiempos eran aquellos. El suicidio,—hablamos del suicidio consciente, reflexivo,—es el acto más grande de desprecio personal y una declaración de quiebra á la faz de todo el mundo. Sólo el que comienza á hacerse insoportable á sí mismo, sólo aquel para quien la vida está por completo desprovista de valor y vacía, malbarata sus días como un despreciable juglar. Pero alabar un acto semejante de desesperación, rodearlo de honores, es aún peor que el hecho mismo; es dar públicamente al deshonor la plaza del honor; es la provocación á toda especie de bajezas, ya que es ofrecer á uno la perspectiva de poder así terminar la carrera más ignominiosa, y asegurarle todavía las alabanzas de miles de personas después de su muerte. De aquí que la glorificación del suicidio indique siempre una barbarie moral completa, un trastorno de las nociones morales más sencillas y la falta completa de grandeza de carácter y de fuerza. Pues bien, en aquella época la sociedad había llegado á este extremo. Ya no era indiferencia ni odio á la vida, no, sino aversión á la existencia, (5) incapacidad de encontrar que la vida tiene algo de bueno.

Un filósofo, al que Séneca envidia las siguientes palabras, dice que «uno nada puede perder al abandonar esta vida, porque no es otra cosa que una vuelta periódica

(1) Suetonio, *Otho*, XII.

(2) Libido moriendi, Séneca, *Ep.* XXIV, 25.

(3) Tácito, *Hist.*, II, 76.

(4) *Ibid.*, II, 49. Suetonio, *Otho*, XII.

(5) Séneca, *Ep.* XXIV, 26. Merivale, *Gesch. d. Römer*, IV, 365 y sig.

á las comidas, al sueño y al placer de los sentidos. (1) En este caso, ¿cuál debía ser la opinión de los espíritus ordinarios sobre el valor y la importancia de la vida? ¿Qué podía pensar el vulgo, cuando su filósofo más serio predicaba estas deplorables palabras: «¿Porqué no darse la muerte? He aquí uno que ha agotado todos los placeres que podían aún retenerle en el mundo;—fuera de esto, ¡parece que no hay nada que pueda retener á uno aquí bajo!—nada hay nuevo para él; está saturado de goces, y este hartazgo le produce hastío por todo. ¿Qué hacer en este caso? Suicidarse». (2) «En vez de hacer lo que el vulgo, apurar la copa por completo, ¿no es preferible dejar las heces en el fondo?» (3)

Estas expresiones poco nobles nos dan á conocer las verdaderas ideas de los antiguos. Para ellos la vida no era más que un magnífico festín, ó, como el mismo Séneca dice, una exposición de toda especie de juegos y golosinas. (4) Mientras se les ofrecían postres nuevos y extraordinarios, mientras su estómago encontraba encantos por medios artificiales, no se proponían más que un solo objeto: vivir. Pero cuando el estómago se debilitaba á consecuencia de excesos repetidos, entonces aspiraban á salir de esta atmósfera que les hacía insoportable sus propias orgias. De aquí esas palabras abominables, que los modernos epicúreos repiten todavía, de acuerdo con sus antiguos maestros, como si hubiesen perdido todo resto de pudor: «¡Insensato! ¿Cómo has podido ligarte á la vida? ¡Abandona esa mesa cuando estés saciado, y vete á reposar!» (5)

9. El fin del mundo antiguo, principio de un mundo nuevo.—Tal era la vida, tal era la disposición de espíritu de la sociedad en que Pedro se presentó como el Após-

(1) Séneca, *Ep.* LXXVII, 6.

(2) *Ibid.*, LXXVII, 16. Lucrecio, III, 953 y sig. Cf. Epictet., *Diss.*, 1, 24, 20; 25, 7 y sig.

(3) Séneca, *Ep.* LVIII, 32.

(4) *Ibid.*, LXXVII, 17; Relinquis *macellum* in quo nihil reliquisti.

(5) Lucrecio, III, 951 y sig.

tol de un nuevo orden de cosas. Con extraordinario valor, con indomable esperanza y fuerza sobrehumana, entra en liza.

Frente á él se elevaba un mundo, que, aun antes de haber aceptado el combate, decía: «Hemos terminado; declinamos rápidamente, sin cesar y de irresistible manera; estamos al borde del abismo y nadie puede salvarnos; ya hemos vivido bastante».

Quizás alguna individualidad podía ser excepción á esta convicción general; pero los acontecimientos han demostrado que sólo habían comprendido la época los que veían llegar el fin del mundo antiguo.

El 19 de Julio del 64, una terrible columna de humo, que procedía de una aglomeración de casas situadas entre el Celio y el Palatino, se elevaba hasta el cielo. Siete días después, la antigua Roma había desaparecido de la faz de la tierra, y con ella habían caído los templos que encerraban los más antiguos santuarios del pueblo y las divinidades de todos los países. Arruinados estaban también los palacios de la vieja y gloriosa generación, aquellos palacios que pregonaban la gloria de las más grandes acciones de la antigüedad y en los cuales estaban amontonados los despojos del mundo entero. ⁽¹⁾

Otra ciudad, construída con la sangre y la médula del Imperio, se elevó, verdad es, sobre aquellas ruinas con rapidez fabulosa; ⁽²⁾ pero era una ciudad nueva. Ésta debía cambiar de nombre. En la persuasión de que había terminado Roma, el arquitecto decidió que se llamase Neronia. ⁽³⁾

Hacía entonces ciento cincuenta años que la ciudad en que la cultura del mundo antiguo había alcanzado un grado más alto, Atenas, habíase convertido también en presa de las llamas. Sila la había saqueado, con tal barbarie, que ya no podían contarse los cadáveres, sino que única-

(1) Suetonio, *Nero*, 38.

(2) *Ibid.*

(3) Tácito, *Ann.*, XV, 40.

mente podía indicarse hasta dónde los arroyos de sangre habían corrido por las puertas de la ciudad. ⁽¹⁾ Escaso número de ciudadanos de la ciudad de Atenas pudieron evitar la muerte. ⁽²⁾

Ahora le tocaba el turno á esta otra capital del mundo, en la cual la civilización material de la antigüedad había afluído como á su centro; también ella comenzaba á desaparecer.

Aun se mantenía en pie, sobre las colinas que dominaba, el santuario nacional, el templo de Júpiter Capitolino, y no parecía que se hubiese perdido todo, ya que los romanos veían en él la prenda de la perpetuidad de su ciudad, y, por este mismo hecho, la dominación sobre el mundo. ⁽³⁾ Cinco años después, este monumento fué también consumido por las llamas que habían encendido, no manos extrañas, sino los mismos romanos. Ocurrió esto el 19 de Diciembre del 69. «Este acontecimiento, dice Tácito, llenaba la medida de las desgracias y ruina del Imperio Romano». ⁽⁴⁾ Roma, el paganismo, el mundo antiguo, habían terminado.

Ocho meses después, aquel otro santuario, en el cual se preparaba desde hacía 10 siglos el orden futuro del mundo protegido por la sombra y el misterio, el Templo de Jerusalén, quedaba igualmente reducido á cenizas por manos romanas.

Atenas, Roma, Jerusalén, antiguas sedes de la civilización, de la soberanía del mundo, de la religión, habían caído á los golpes de los romanos.

El 10 de Agosto del 70 fué el día memorable en que el pueblo romano ejecutó contra el último y más sublime hogar de la vida antigua la sentencia de muerte dictada contra él por la Providencia. Fué éste el día en que terminó su papel histórico en el mundo, aquel papel que con-

(1) Plutarco, *Sulla*, XIV, 5, 6.

(2) *Ibid.*, *Mithridat.*, 38.

(3) Tácito, *Hist.*, III, 72.

(4) Tácito, *Hist.*, III, 72.

sistía en allanar montañas, rellenar valles, tender puentes sobre los mares, preparar el terreno para una nueva transformación de cosas.

El mundo antiguo había desaparecido; quedaba lugar para un mundo nuevo. En sus últimas convulsiones, la antigua Roma había dejado sentir sobre los cristianos su mano cruel y había buscado una expiación de su caída en la sangre de las primicias de la nueva Roma, del mundo nuevo. No pensaba que, al obrar así, ofrecía al mundo una riquísima compensación á su pérdida. Había encontrado la verdadera simiente de donde debía salir un porvenir más hermoso. La sangre de los mártires producía el céntuplo, ⁽¹⁾ y muy pronto vióse elevarse sobre las ruinas y vestigios de la antigüedad un mundo completamente nuevo, el mundo sobrenatural.

(1) Tertullian., *Apolog.*, 50.

APÉNDICE

¿CUÁNDO LA ANTIGÜEDAD ENCONTRÓ SU FIN
Y QUIÉN FUÉ SU SEPULTURERO?

1. El Cristianismo no es el sepulturero del mundo antiguo.—Entre los que lamentan la desaparición de la antigüedad, no sólo los estetas,—los cuales darían todo el arte cristiano por el descubrimiento de un Mercurio de Praxiteles,—y los filólogos,—para quienes un fragmento raro ofrece más interés que la literatura cristiana de dos siglos;—sino también muchos de los que se felicitan, y felicitan al mundo, de que el Cristianismo haya suscitado un nuevo orden de cosas á la vida, no pueden ocultar su descontento por las muchas magnificencias antiguas que esta nueva transformación ha hecho desaparecer. «Preciso era, dicen, que esta nueva religión destruyese todo lo que los hombres habían creado de grande antes de ella. ¿No hubiera valido más para ella distinguirse de aquellos sabios que creen no poder fundar sistemas más que sobre el sepulcro de sus predecesores? Admitimos que el Cristianismo era necesario; pero esto ¿era una razón para que se convirtiese en sepulturero de la antigüedad?»

De hecho, no es posible deplorar suficientemente la pérdida de tantos monumentos debidos al talento y á la civilización de la antigüedad. ¿Qué no diéramos por poseer las obras de los antiguos historiadores de Egipto, Babilonia y Persia! ¿Qué tesoros no han sido perdidos en Alejandría? ¿Cuál es el amigo del arte que no sienta sangrar su corazón cuando reflexiona en el número de obras maestras artísticas que se han perdido para nosotros? ¿Dónde